

MÍRIAM ALONSO | JOVEN ARROJADA AL METRO

Tiene 20 años y ya sabe lo que es sufrir

Hace algo más de seis meses, un vecino de Fuenlabrada la empujó cuando entraba un vagón: perdió una pierna, pero se ha ganado la vida

«Mi agresor está loco, y no le perdono»

CARLOS HIDALGO MADRID

Miriam Alonso, originaria de Logrosán, estuvo a punto de morir el pasado 4 de octubre, cuando Jorge R. V. la empujó a las vías del Metro, en la estación de Carabanchel. A sus 20 años, la fortaleza que transmite a su familia, dice su madre, es aún mayor que la que ellos alcanzan a darle. Una lección de dignidad.

—¿Cómo se encuentra?

—Dentro de lo que cabe, bastante bien. Estoy yendo a rehabilitación tres horas al día, de lunes a viernes.

—¿Qué es lo que más le está ayudando a salir adelante?

—Mi familia, mi novio y su familia, los conductores de ambulancia, los equipos médicos de La Fraternidad y los del Doce de Octubre. También querría dar las gracias a mi prima, que me llevó a la Niña Pastori al hospital. Di un grito exagerado. Sigo teniendo sueños con eso; fue maravilloso, no tengo palabras. Se esperaba encontrar a una persona en la cama, y la dejé sin habla. También quiero agradecer muchísimo a mis cuatro abuelos que vinieran desde Extremadura a Madrid para verme. Los quiero con locura.

—Han pasado seis meses desde la agresión, ¿este tiempo se le ha hecho más largo?

—A veces, me parece que ha pasado mucho tiempo, y otras, menos.

—¿Cuáles son los peores momentos para usted?

—Cuando peor lo paso es cuando me meto en un túnel o veo una boca de Metro. Antes no tenía claustrofobia, y ahora sí la tengo.

—¿Ha vuelto a subir en Metro?

—En Metro, por ahora, no. Ahora cojo el taxi, y pago mucho, hasta 90 euros, pero el Metro no.

—¿Cuándo sentirá que todo ha recobrado la normalidad?

—El día que pueda caminar con la prótesis. Es de lo que más ganas tengo.

—¿Cómo transcurrió esa jornada?

—Estaba trabajando de administrativa en una asesoría de Carabanchel, justo enfrente de donde se encuentra la estación de Metro. Entraba de nueve de la

mañana a dos de la tarde, y, después, de cinco y media a ocho. Me dirigía al Metro para, luego, tomar el autobús en Aluche, hacia Fuenlabrada.

—¿Le ayudó alguna de las personas que estaba en el andén?

—Que yo recuerde, nadie me ayudó.

—¿Conocía a Jorge, su agresor?

—No lo conocía de nada. No había sido mi novio ni nada de eso.

—Si lo pudiera tener enfrente, ¿qué le diría?

—Le preguntaría cómo se siente sabiendo que no me ha matado y que, además, tengo muchísimas ganas de vivir.

—¿Le perdona?

—No puedo perdonar.

—¿Cree que está loco?

—Creo que sí. Una persona que hace eso no está bien de la cabeza.

—¿Se ha puesto su familia en contacto con ustedes, para interesarse por su estado?

—Su familia no me ha llamado. Al principio de todo, alguien dijo que querían, pero no ocurrió.

—¿Cree en la justicia?

—No.

—¿Qué debería pasarle a Jorge?

—Que le metan en un centro psiquiátrico penitenciario, que no salga más a la calle y tome su medicación. Que no salga más, porque se ha visto que gente así es peligrosa.

—¿Qué tal lleva su novio todo?



La vida de Miriam Alonso dio un giro de 180 grados después de la agresión. / JULIÁN DE DOMINGO

—Me anima lo mejor que puede, porque también lo está pasando muy mal.

—¿Cuánto ha cambiado su vida?

—Ha dado un giro de 180 grados. Intento hacer mi vida lo mejor posible y como antes, pero llegando a mis límites.

—¿Se sorprende de su fortaleza?

—No me sorprende de mí misma.

«Necesito dar mi apoyo»

—¿Vive ahora noticias o situaciones trágicas de otras personas de diferente manera que antes?

—Sí. Necesito mucho ayudar a los demás. Por ejemplo, necesito dar mi apoyo a las víctimas del reciente accidente de autobús de los «scouts»; decirle a los niños de 8 años, sobre todo a los ampu-

tados, que cuenten conmigo para lo que necesiten.

—¿Qué es lo que más le relaja?

—Ir a mi pueblo, Logrosán, en Cáceres, que es donde más me refugio.

—Lleva siete operaciones. ¿Le queda alguna más?

—Sí, la de la nariz, pero tengo una infección en la espalda. Hay que esperar.

—¿Qué le diría a la gente de su edad que «pasa» un poco de todo?

—Le diría que aproveche la vida todo lo que pueda.

—¿Cuáles son sus proyectos?

—Irme a vivir a Extremadura, seguir trabajando y disfrutar de la vida todo lo que pueda. Nunca me gustó Madrid y ahora, muchísimo menos.

VUELTA DE HOJA

MANUEL ALCÁNTARA



OFICIOS PELIGROSOS

«La letra con sangre entra, pero con la sangre del educador»

Nadie ignora que hay escolares que intentan en vano educar a sus discípulos profesores y, en último caso, se ven obligados a emplear la violencia. Todo tiene un límite y si el profesor se empeña en no aprobarle la asignatura al alumno que no haya mirado el libro, éste tiene que reaccionar ante la injusticia. No es un fenómeno nuevo, pero sí cada vez más creciente. Cada día son más los maestros agredidos. Coceados por los muchachos que trataban de desasnar. La letra con sangre entra, pero con la sangre del educador. ¿A quién se le ocurre dedicarse a eso? Debieran saber todos los que tienen vocación pedagógica que la verdadera obra de misericordia no es enseñar al que no sabe, que nadie nace sabiendo nada, sino enseñar al que no le da la gana aprender.

Una nueva modalidad de insurgencia ha surgido impetuosamente. Sólo en la comunidad de Madrid han sido agredidos durante el pasado año más de 4.000 médicos o enfermeros. Se conoce que todo el que paga el seguro obligatorio de enfermedad está convencido de que tienen la obligación de curarle, sea cual sea la índole de su dolencia, ya que él no la ha escogido. Sólo quiere que le sanen y además en el más breve tiempo posible, ya que el enfermo tiene muchas cosas que hacer y no está dispuesto a perder tiempo yendo muchas veces a la consulta.

La relación médico enfermo, tan certeramente estudiada por Marañón, se ha hecho hostil. Lo que debe ser confianza es ahora exigencia. El Sindicato de Enfermería, SATSE, considera que «el respeto es el único medicamento de uso recomendado aún cuando no se esté enfermo». Qué palabra tan antigua, esa de respeto. Los alumnos reclaman el aprobado y los pacientes se impacientan si no les curan a la primera sijeada, ya que para eso tienen ojo clínico. Enseñar y curar son dos oficios peligrosos, pero ya se sabe que hay gente para todo.

